

Carlos Ferrera,
*La frontera democrática del liberalismo:
Segismundo Moret (1838-1913)*,
Madrid, Biblioteca Nueva-
Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2002

Pocos períodos de la historia contemporánea de España han sido en los últimos años objeto de estudio, revisión, debate e innovación historiográfica como el de la Restauración. Nuevos estudios han contribuido a tener un conocimiento mejor de esos años y a descifrar especialmente la complejidad de un proceso político de larga duración. Detrás han quedado las visiones catastrofistas, tremebundas y descompasadas de una época gracias a un abordaje más completo y discernido del régimen político, de las bases sobre las que se apoyaba, de los partidos que participaban del turno y en la oposición, de sus líderes y de cómo funcionaba el sistema caciquil e institucional en las diferentes etapas. No abundan las biografías de los protagonistas políticos en los tiempos de la Restauración, pero algunas pocas inscritas en esa renovadora corriente historiográfica han contribuido a una mejor comprensión de la época y a superar los enfoques estereotipados o simplemente incompletos. El libro que nos concierne en esta reseña, inicialmente pensado y defendido como tesis doctoral, se suma a ese escaso puñado de trabajos concebidos a partir de la trayectoria pública de cerca

de cincuenta años de uno los personajes relevantes para entender los cambios de la vida política española a lo largo de ese tiempo. Fue, sin duda, Segismundo Moret, iniciado en las filas del republicanismo y convertido más tarde en uno de los líderes más prometedores del Partido Liberal, una de las figuras políticas de primer orden en la España de la Restauración. Sin embargo, la falta de conservación de su archivo personal había justificado hasta la elaboración de este trabajo la dificultad encarar un estudio sistemático en torno a su carrera política o a sus negocios profesionales. Como resultado, lo que se conocía sobre Moret era poco y limitado a las referencias construidas por sus enemigos políticos. Las opiniones de conservadores, nacionalistas y adversarios dentro de su partido habían hecho de él un personaje bastante vilipendiado y la imagen de político ambicioso, intrigante y sujeto a los intereses foráneos acabó calado en las narraciones biográficas más recientes sobre sus contemporáneos políticos. Traslucido por el papel relumbrante que habían tenido otras primeras figuras políticas de la Restauración, Moret no había sido objeto de un estudio mono-

gráfico a pesar de ser uno de los protagonistas claves en la escena política española de su tiempo. Notable mérito de Ferrera es, entonces, haber logrado un relato coherente sobre el biografiado, ajustando la narración a las interpretaciones más actuales sobre la historia política de la Restauración sin desatender a las nuevas zonas de reflexión que resultaron de la propia investigación. El desafío parece no haber sido fácil. Para ello tuvo que rastrear la documentación existente sobre Moret dispersa en numerosos archivos públicos y privados, nacionales y extranjeros. Y recurrió a otras fuentes impresas de la época —en ocasiones, a la literatura— para argumentar su visión sobre los diferentes pasos de la vida política del personaje en cuestión. En conjunto, al lector le ofrece una historia sin incurrir en arrebatadas adulaciones de su biografiado.

Con fuertes convicciones liberales desde su juventud y cercano al universo cultural, económico, social y político británico por ascendencia, Segismundo Moret, ingresó en la política desde los años sesenta del siglo XIX y estuvo vinculado a ella hasta los últimos años de su vida. Ocupó acreditados puestos en el escenario político y social. Formó parte activa del trabajo parlamentario y fue Ministro de Ultramar, de Hacienda, de Fomento, de Estado y de Gobernación. En tres ocasiones y por breves períodos de tiempo, fue Presidente del Consejo de Minis-

tros. Pero no dispuso nunca del Decreto de disolución de las Cortes y de convocatoria electoral que, conforme a las prácticas de la monarquía constitucional, garantizaba el tácito consentimiento de la Corona para formar gobiernos con apoyo parlamentario. Llegó a ser uno de los líderes más relevantes del Partido Liberal, pero jamás lo dominó a pesar de su dilatado recorrido hacia ese objetivo. Hombre de modos elitista y cortesano, preparado y de sólida formación, con firmes creencias en los principios liberales y en sus posibilidades de transformación, dotado de una «oratoria luminosa» y de «tono político mesurado» —diría de él el escritor vasco Francisco Grandmontagne en sus crónicas a la prensa extranjera—, capaz de formar una red clientelar de intercambios y favores a partir de sus relaciones personales aún careciendo del control de una comarca o región desde donde ejercer el predominio social o político, de gran fortuna gracias al desarrollo de negocios vinculados a actividades con el capital exterior que le permitieron financiar numerosas empresas intelectuales, políticas y periodísticas, Moret no llegó, sin embargo, a permanecer en la cúspide mucho tiempo. Sus enemigos políticos, dentro y fuera de su partido, supieron aprovechar sus errores y la falta de sentido práctico que marcaron el final de su carrera política.

El libro recorre el largo camino de esa historia, cuyo balance final no es otro que el de

una «trayectoria fallida de un liberal reformista», y apenas se adentra en otras facetas que también marcaron la larga vida del biografiado, como las de sus negocios económicos o las resultantes de su profesión como abogado. Y es que tales aspectos, si bien curiosos para indagar e inferir conclusiones, no encajaban del todo con la apuesta metodológica del autor, enfocada a desvelar tanto las aportaciones como las ilusiones y desengaños de Moret en la implantación de un régimen liberal y democrático en la España que le tocó vivir; en las continuidades y en las rupturas de una larga época, en los límites del liberalismo español en el último cuarto del siglo XIX, en los logros y su capacidad de reformarse. No es azaroso, entonces, que Ferrera haya organizado la exposición del relato en dos partes. En la primera narra «La larga evolución hacia la jefatura liberal» de Moret. Y en ella describe los primeros pasos de su experiencia política, su participación en la Revolución de 1868, su aprendizaje y consolidación como político durante el Sexenio, las contingencias para encontrar su espacio en el nuevo régimen de la Restauración monárquica, su afianzamiento como hombre de Estado, las pugnas por el poder entre los líderes liberales y su lucha por hacerse un lugar a la sombra del jefe indiscutible del Partido Liberal, Práxedes Mateo Sagasta, y, por último, su papel en el *desastre del 98*. Confluyen en el análisis los mecanismos

que convirtieron a Moret en uno de los dirigentes más destacados dentro del partido: el clientelismo, los rasgos distintivos de su poder caciquil, su influencia en la Corte, la oportunidad y el uso de su brillante oratoria, y, finalmente, las contingencias de pertenecer a una fracción política leal pero fronteriza hacia la izquierda del sistema monárquico que lo vinculaba con republicanos desencantados y moderados. En una segunda parte, que el autor optó titularla «Asalto al poder», aborda el último tramo de la actividad política de su biografiado que coincide con la entrada del nuevo siglo, del reinado de Alfonso XIII y del inicio de la crisis del sistema de turno pacífico entre los partidos sobre el que descansaba el régimen de la Restauración. A lo largo de esas páginas la investigación transita en torno a los acontecimientos políticos que implicaron a Moret desde su gestión como Ministro de Gobernación del último gobierno de Sagasta hasta su participación, ya veterano, en la oposición al gobierno conservador de Antonio Maura y en la ruptura del relevo pactado entre los partidos en octubre de 1909. La muerte de Sagasta en 1903 había desatado una dura lucha por la sucesión en el Partido Liberal que puso al descubierto las rivalidades de sus principales líderes —Segismundo Moret, José Canalejas y, en el medio de ambos, Eugenio Montero Ríos— y las diferencias ideológicas, personales y estratégicas de las facciones irrecon-

ciliables de un partido dislocado. No faltan, desde luego, en el análisis de Ferrero las explicaciones sobre las causas que desencadenaron la fracasada sucesión de Moret. Pero aquéllas no se decantan exclusivamente en el terreno de las querellas y divisiones internas que entorpecieron el liderato del Partido Liberal sino que contribuyen, sobre todo, a esclarecer el papel que tuvo el joven Alfonso XIII en el naufragio de la alternativa de Moret. Vistas las cosas desde esa perspectiva, el rey, a quien los mismos liberales otorgaron la posibilidad de escoger a la figura política que representase a todos, acabó contribuyendo con sus decisiones a la erosión y crisis del sistema de partidos. Y es que, como nos cuenta Ferrera procurando encajar todos los elementos posibles para el análisis sin desmarcarse del debate historiográfico actual y atreviéndose incluso con novedosas interpretaciones para no desmerecer, a veces, las acciones de su biografiado, Moret había perdido la oportunidad, cuando la tuvo, de convertirse en el líder más estable de los liberales.

Su momento crucial había llegado a finales de 1905 y apenas se prolongaría hasta el inicio del verano de 1906. Entonces, había aceptado la Presidencia del Consejo de Ministros en reemplazo del jefe de la facción liberal comprometida a respetar el turno, Montero Ríos, quien se había revelado incapaz de encontrar fórmulas de conciliación al conflicto militar desatado por la ley

de jurisdicciones. A costa de sacrificar sus principios liberales, aún en las cuestiones que afectaban al comercio exterior e indirectamente a sus negocios, Moret había procurado la confianza del rey en su estrategia de lograr desde el poder su predominio en el partido. Sin embargo, «erró en los medios empleados para hacerlo» y tampoco «fue el candidato preferido del Palacio»; «se antepusieron a él otros políticos más plegados a los dictados de la Corona». No supo vislumbrar del todo los cambios en las prácticas políticas de los nuevos tiempos y creyó que las pasadas fórmulas de buen cortesano bastaban para lograr el liderazgo en el seno del partido.

Con los años y tras su experiencia política del Sexenio, Moret había aceptado la concepción doctrinaria del poder compartido entre las Cortes y la Corona y había contribuido a la consolidación del Estado Liberal en su forma monárquica, teniendo en mente a la monarquía parlamentaria inglesa como modelo de desarrollo político. Pero sus orígenes políticos republicanos habrían marcado, según el autor, su evolución política posterior y lo habrían colocado en un lugar de frontera y de atracción de los grupos ubicados a la izquierda de los partidos dinásticos. Eso sí explica, por un lado, las desconfianzas mutuas entre Moret y Alfonso XIII y, por el otro, la hostilidad manifiesta hacia la Corona cuando el primero lideró el Bloque de Izquierdas reuniendo a las fuerzas extramu-

ros de los partidos dinásticos una vez fracasados sus intentos de formar gobiernos estables. Moret abogaba por la primacía de los partidos y la autonomía de los políticos, incluso en temas tan sensibles como los de política exterior, que desencajaban con la clara propensión intervencionista del monarca. Por eso, concluye Ferrera, a Moret nunca se le otorgó el decreto de disolución, único capaz de proporcionar solidez a un titular de gobierno y el rey contó con él sólo para coyunturas inestables, como la provocada por la ley de jurisdicciones o por la Semana Trágica. Por eso, también naufragó la alternativa de Moret en la medida que entrañaba una reforma constitucional en temas especialmente sensibles como la libertad religiosa o la democratización del Senado, lo que suponía, en definitiva, la integración de la monarquía a un republicanism moderado.

Con todo, esta biografía de Moret discurre en las circunstancias que frustraron las posibilidades de ese personaje en ejecutar sus tentativas reformistas y sus programas de gobierno

en aras de modernizar y democratizar al régimen desde dentro. Pero el examen de la larga trayectoria también nos revela las aportaciones y los esfuerzos de Moret por acercar a España a las tendencias del liberalismo de los países de su entorno y a no alejarla de los escenarios de proyección internacional. Moret fue tal vez el político español de su tiempo más relacionado con los acontecimientos externos y preocupado por definir una política exterior de Estado. Sus objetivos en ese terreno se enfocaron a proyectar hacia fuera una imagen positiva de un régimen político consolidado y a fomentar acuerdos comerciales y alianzas con otras naciones. En definitiva, esta biografía nos muestra una historia compleja de las expectativas no cumplidas tras una larga carrera política que inducen a su autor a pensar en términos de escepticismo sobre la capacidad del régimen de evolucionar hacia una democracia parlamentaria.

MARCELA GARCÍA

Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (dirs.),
Diccionario político y social del siglo XIX español,
Madrid, Alianza Editorial, 2002, 772 págs.

Estamos asistiendo en los últimos años a una revisión de la historia de la España decimonónica y de su contexto europeo. El replanteamiento no sólo abarca a las interpretaciones negativas

que veían el siglo XIX como un «doloroso» momento de nuestra historia, en expresión de Jover Zamora, sino también al conjunto conceptual utilizado para su análisis. Los conceptos usa-